

TERESA RADICE STEFANO TURCONI

La vuelta al mundo de

Lila



El momento de volar

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2016
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Todos los nombres, personajes y detalles contenidos en este libro, *copyright* Atlantyca Dreamfarm S.r.l., son una licencia exclusiva de Atlantyca S.p.A en su versión original. Todos los derechos reservados. Se protegen los derechos morales del autor.

Parcialmente basado en los cómics Viola Giramondo publicados por Tunué s.r.l.
Cubierta creada originalmente por Studio Dargaud

Texto de Teresa Radice
Ilustraciones de Stefano Turconi
Título original: *Viola Giramondo. Il momento per volare*
© de la traducción, Helena Aguilà Ruzola, 2016
© 2016 Atlantyca Dreamfarm S.r.l.
Derechos internacionales © Atlantyca SpA, Via Leopardi 8, 20123 Milán,
Italia - foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2017
ISBN: 978-84-08-16548-4
Depósito legal: B. 24.497-2016
Impreso en España – *Printed in Spain*

Ninguna parte de este libro puede ser almacenada, reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluido fotocopias, grabaciones o cualquier otro medio de comunicación sin la autorización del propietario de la licencia. Para más información contactar con Atlantyca S.p.A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El momento de volar

TERESA RADICE · STEFANO TURCONI



DESTINO



1
Lila
voladora





«¡ Oh, no! ¿Por qué lo he hecho? ¿Cómo se me ha ocurrido? ¡Maldita sea!»

Lila traga saliva. El corazón le retumba en los oídos y se encoge todavía más. Viste un mono ceñido con un estampado de estrellas, en la cabeza un casco que le va grande, relleno de paja para que no se mueva.

«Mira que hacerle caso a un soñador como Samir... Ya teníamos bastante con uno que esté en las nubes, o sea, él.»

—Te digo que puedes volar, Lila, confía en mí —le había dicho poco antes su amigo sirio, dedicándole una sonrisa de mil dientes—. Solo tienes que sacar el cañón de tu madre de la carpa y probarlo.

—¿Sacarlo de la carpa? ¿Y eso por qué?

—Por seguridad. Si el lanzamiento no está bien calculado... no me gustaría ver cómo rebotas en la tela y vas a estrellarte contra las gradas.

—¿E...e...estrellarme? —tartamudeó ella, mirándolo con sus ojos gigantes, muy pálida.



Samir estalló en una estrepitosa carcajada, una de sus inconfundibles carcajadas, que tienen el poder de despertar a los somnolientos y de devolver el buen humor a los que están de morros, y le dio unas palmadas sonoras en el hombro.

—¿Es una broma! —añadió—. Todo irá bien.



Y ahora Lila aguarda en el vientre negro del cañón, pero no está segura de que aquello sea una buena idea.

—¿Estás lista? —En la voz de Samir tintinea el entusiasmo que ella ha perdido hace rato.

Allí, en la boca-ojo de buey de la pieza de artillería, que ahora es una ventana abierta al cielo, Lila entrevé por el rabillo del ojo a Simbad el gibón, que agita sus largos brazos a modo de saludo.



Y luego nada, solo el chasquido de la cerilla que su mejor amigo enciende entre los dedos...
¡BOOOOOOOM!

Un ruido ensordecedor.

Antes de librarse del silbido molesto en los oídos, Lila no es más que un punto de colores disparado hacia el cielo infinito. El universo entero se va haciendo pequeño debajo de ella. Casas, calles, granjas, carros, campos y molinos se ven minúsculos, como piezas de un mundo de juguete... igual que las personas. Por ejemplo, ahí abajo se ve una araña diminuta que mueve las patas gritando algo... ¿Está enfadada con ella? ¡Anda... si es Samir! Pero el viento se lleva sus palabras.

—¡Ábrelo, Lila! ¿A qué esperas? ¡Ábrelo yaaaa!

—¡Holaaaaaaa! —saluda Lila con la mano, libre como una nube, disfrutando de la inesperada sensación de ligereza—. Aquí arriba todo va genial. ¡Es una maravilla!



ANTES DE LIBRARSE DEL SILBIDO MOLESTO EN LOS OÍDOS, LILA NO ES MÁS QUE UN PUNTO DE COLORES DISPARADO HACIA EL CIELO INFINITO.



Y en ese momento, la niña empieza a caer.

Casas, calles, granjas, campos, carros y molinos se acercan a ella a una velocidad vertiginosa. Samir y el mono Simbad también están cada vez más cerca, agitan los brazos, los levantan, se desgañitan:

—¡Abre el paraguas, Lila, abre el...!

¡FFFUMP!

Cuando Lila lo abre, su amigo y el gibón se tapan los ojos, temiéndose lo peor. Sencillamente, había olvidado que lo llevaba.

La cúpula de tela con varillas le hace de paracaídas instantáneo, y el viento la eleva otra vez, aumentando la distancia entre la chiquilla rubia y el suelo.

Ahora Lila desciende con más suavidad, mecida por la brisa que sopla detrás de ella. Entre todos los lugares ideales para aterrizar que hay en la ancha llanura sin obstáculos, el aire la empuja hacia un único y altísimo árbol situado en el centro.



Es inútil que Simbad y Samir se pongan nerviosos y sigan agitando los brazos para dar indicaciones incomprensibles. Los pies de Lila rozan las hojas y, por un segundo, cree que podrá aterrizar en el árbol indemne y tranquila. Pero en cuanto toca la rama más alta, esta se rompe y la niña se cae... ¡ay!... en la copa del árbol... ¡oy!... y se funden... ¡uy!... en un abrazo de rasguños... a quince metros de la hierba.



—¿Estás entera, Lila? —le llega una voz conocida desde el otro lado de las hojas.

—Sí... eso creo.

—¿Puedes bajar?

—¿Me tomas el pelo? Estoy aquí atrapada y llena de arañazos. No pienso moverme y empeorar la situación.



—Hum... pues me temo que tendremos que buscar a alguien que te saque de ahí.

—¿«Me temo»? ¿Cómo que «me temo»? ¿A qué te refieres, Samir?

Silencio.

—¿Samir? ¿¡SAMIIIIIR!?

Por toda respuesta, un sonido doble de pasos alejándose. Su amigo y el gibón se van.



Para Lila empieza una espera interminable, repleta de pensamientos oscuros. Ahora lo entiende: Samir no había pedido permiso para usar el cañón. Y pensar que ella lo había dado por descontado... Una idea de Samir, igual a problemas; tendría que haberlo imaginado.

Es un par de años mayor que ella, natural de Damasco. Un experimentado trapealista, igual



que su hermana mayor, Fátima. El chico colecciona... ideas con resultados imprevisibles. Pero no basta con saberlo para evitar verse mezclado en ellas. ¿Quién puede resistirse a sus aires de listillo y su contagioso entusiasmo? Por eso Lila ha caído de nuevo en la trampa. En fin, ahora eso da igual, lo importante es que alguien la saque de allí.

¡Jolines, cuánto tardan!

Por fin oye unas voces nerviosas que se acercan. Lila no entiende lo que dicen, pero reconoce los pasos rápidos y elásticos de los propietarios y, al instante, sabe que se trata del grupo de los chinos al completo. Van a necesitar toda su fantásica habilidad de acróbatas para construir una figura alta, que llegue hasta ella, y lo bastante estable para mantenerla en equilibrio sin soltarla una vez que la cojan.

—Lila, ¿sigues ahí? —pregunta el travieso Samir, que los ha guiado hasta allí.

—No, si te parece, he ido a dar un paseo.



Poco después, una mano le sujeta el tobillo, otra libera sus rizos de las ramas y, en un abrir y cerrar de ojos, los pies de la niña pisan la hierba bañada por la cálida luz del atardecer.

Lila les da las gracias a todos cohibida. Luego mira con desconfianza a Samir y él hace un gesto con la mano, como diciendo: «No te preocupes».

Pero ella se preocupa.



Al cabo de unas horas, Nuez Moscada echa en el cuenco un líquido humeante. Lila no se atreve a preguntar qué ingredientes lleva. La anciana cocinera, con su vestido largo de colores, el delantal atado a la cintura y la trenza de pelo blanco parcialmente oculta bajo el pañuelo que le cubre la cabeza, le regala a la niña una

sonrisa sin dientes y una inyección de optimismo indio:

—Vamos, no te angusties.

Has armado una buena, sí. Tus padres estaban muy preocupados, la compañía ha tenido que retrasar la marcha y ahora, para llegar a tiempo a nuestro próximo destino, nos tocará viajar de noche.

Y, claro está, tu tío Arsène se ha enfadado un poco, pero... podría haber sido peor, ¿no?

¿Podría haber sido peor? ¿En serio? Lila lo duda.

Cuando está a





punto de tragarse la primera cucharada, un chapoteo inesperado la llena de salpicaduras especiadas. Goliat, el coleóptero gigante que papá Konrad encontró en un reciente viaje del Cirque a la selva tropical... ¡se ha caído en la sopa! Lila lo saca con la punta de los dedos mientras él se agita y da zumbidos en el mejunje oscuro. Por suerte, lo rescata sano y salvo. Lo malo es que a la niña se le ha pasado el hambre.

